

riado industrial" (p. 152). Otro sector sería el campesinado. La función de este sector en el desarrollo, o su potencialidad revolucionaria se verá limitada, según el autor, a servir de apoyo a un proceso revolucionario que se inicie en la ciudad: "el futuro de América Latina depende, cada día más, de la dinámica revolucionaria de los sectores medios" (p. 155). Dentro de los sectores populares urbanos el grupo "privilegiado" es el proletariado industrial. Este grupo constituye el 7% de la población latinoamericana y está organizado en sindicatos con una política reivindicatoria, sometido al paternalismo del Estado. Por último, las clases medias serían las promotoras del cambio, ya que éste, para triunfar, deberá ser dirigido por un Estado fuerte y hegemónico, único empresario concebible en un proceso de industrialización: "Según sea el conglomerado de fuerzas sociales en que se apoye —a la cabeza de una clase media intelectual y tecnocrática pero con mayor o menor presencia de un proletariado consciente y organizado— irá configurándose el socialismo latinoamericano" (p. 207).

La utilización de una gran cantidad de fuentes, tanto "clásicas" como latinoamericanas, así como de material estadístico preciso, hacen de este libro una fuente importante. Constituye también un punto de partida hacia la discusión de las categorías y estructuras latinoamericanas al presentar un nuevo intento metodológico y de reinterpretación de los problemas claves del subdesarrollo de la región, por lo que recomendamos ampliamente su lectura.

Verónica Vázquez

Lecourt-Lissenko y el problema del stalinismo.

0.—

"Lyssenko: histoire réelle d'une "science prolétarienne" ¹ pretende una de las tareas que los científicos marxistas han hecho con menos fortuna: realizar un análisis marxista de la historia de su propia producción "marxista".

Sólo por ésto, el libro de Dominique Lecourt merecería ser analizado con cierto detenimiento. Abordar, como marxista, el estudio, y eventualmente la crítica de posiciones teóricas e ideológicas que, aunque hoy ya viejas, fueron durante años el corazón de la ortodoxia oficial marxista no es algo que merezca pasar desapercibido.

Pero el mérito de Lecourt no se agota en un cierto coraje intelectual. Más allá de ello, lo que el autor nos anuncia es una intervención teórica en dos campos particularmente problemáticos de la teoría marxista: el problema epistemológico de la distinción entre ciencia e ideología, y el problema político del stalinismo.

Ante el primero, o sea el de la distinción entre ciencia e ideología, Lecourt sólo intenta, apoyado en la versión althusseriana del problema, una negación de la "teoría" de las dos ciencias. Más adelante veremos que su éxito en ese sentido es sólo relativo. Pero es ante el problema político del stalinismo donde Lecourt, utilizando el análisis del "caso Lissenko", se adentrará en consideraciones efectivamente originales.

¹ Dominique Lecourt: *Lissenko: histoire réelle d'une "science prolétarienne"*. Avant propos de Louis Althusser. Paris: Maspero, 1976, 255 págs.

Conviene quizás señalar brevemente, antes de entrar en el examen de la propuesta de Lecourt, que el interés político de este libro no sólo deriva de la originalidad ya señalada en el tratamiento de la cuestión del stalinismo. De alguna manera, además de un libro original, éste es un libro oportuno, porque no debemos olvidar que aparece en un momento muy especial de la historia del movimiento comunista internacional y particularmente europeo. El trabajo de Dominique Lecourt ve la luz en el momento en que el Partido Comunista francés aborda las conclusiones de su XII Congreso en el cual, de manera que no corresponde analizar aquí, se asimila la crítica del stalinismo con una crítica de las prácticas político-administrativas del Estado soviético y, en un mismo movimiento, se propone como alternativa teórica el abandono de la noción de "dictadura del proletariado".

El libro de Dominique Lecourt no puede ser, pues, leído sin referencia permanente a esta coyuntura política concreta de la historia del Partido Comunista francés.

1.—

Hacia fines del verano de 1948 estalló en Francia una de las batallas ideológicas más grandes de la posguerra, alimentada por la atmósfera de la "guerra fría": el llamado "caso Lissenko". Un oscuro agrónomo, Trofim Denissovich Lissenko, acababa de ser oficialmente consagrado en la URSS como el fundador de una nueva biología "científica": la denominada biología "michuriana"*. De este modo, las técnicas de Michurín —como las de su homólogo californiano Luther Burbank— adquirirían con Lissenko, pretensiones

teóricas. La biología de Lissenko proclamaba haber echado por tierra todo el edificio teórico de la genética clásica.

En Francia, "La Nouvelle Critique" y "Les Lettres Françaises" abrieron el debate al calificar a los partidarios de Mendel como nazis potenciales. Los filósofos del Partido Comunista francés aceptaron la "fundamentación" teórica marxista del lissenkismo, aprobando la teoría "de las dos ciencias", supuestamente fundamentada en los textos de Lenin. La biología de Lissenko fue presentada como la primera realización de la nueva era de la historia de la ciencia abierta por la Revolución de Octubre. La crítica a la genética clásica no era sino el primer paso hacia el sacudimiento de todo el edificio científico. La teoría de Mendel era falsa porque era incompatible con "los principios" de la dialéctica materialista... Frente a la "ciencia burguesa" se levantaba la "ciencia proletaria".

Durante mucho tiempo, el debate en torno al "caso Lissenko" constituyó el terreno propicio para la indignación y la vía por excelencia para el análisis del fenómeno stalinista. Sin embargo, el lissenkismo, que abarcó casi cincuenta años de la historia soviética, no fue objeto de un análisis que arrojara luz sobre las condiciones y las causas que lo hicieron factible. Éste no fue practicado por filósofos o científicos soviéticos, ni tampoco por comunistas de fuera de la URSS. El silencio de los primeros tuvo como respuesta el silencio de los segundos. El gigan-

* Las tesis de Lissenko pretendían fundarse en la práctica del jardinero ruso Iván Michurín, quien había trabajado durante años en la aclimatación de plantas meridionales en Rusia Central.

tesco "error" fue *rectificado*, y los genetistas recuperaron el lugar que se les había negado. El Partido Comunista francés, que se había constituido en la vanguardia ideológica del lissenkismo en los años 1948-52, también se *rectificó*. El "caso Lissenko" fue clausurado.

¿Por qué reabrir este "caso" al debate?. Porque la historia del lissenkismo no es una historia concluida; por el contrario, es una historia abierta: la historia de las causas y del por qué de la increíble resistencia de la ideología de las "dos ciencias". Este es el objetivo del libro de Dominique Lécourt, prologado por Althusser. La importancia de hacer una lectura atenta de este trabajo reside, a mi juicio, en que allí se delimita una problemática epistemológica sobre la que es necesario centrar la atención para despejar el camino de viejos equívocos que han obstaculizado el proceso de producción de conocimientos.

2.—

El propósito de estas notas es llevar a cabo una lectura analítica de este trabajo ya que constituye un excelente ejemplo de análisis de una formación ideológica. En efecto, este texto es una propuesta acerca de cómo estudiar la historia de una formación ideológica desde una óptica que rompe con las concepciones del marxismo vulgar. Por eso mismo, el alcance de las observaciones que se pueden extraer va más allá de un episodio como el lissenkismo; concierne a la caracterización misma de la "ideología" y de las relaciones entre ideología y ciencia.

Observa Althusser en el prólogo: "A partir de ahora es un juego de niños declarar que la totalidad del

lissenkismo se agota en la afirmación de que Lissenko era un charlatán y que su éxito se debió a la arbitrariedad de Stalin. Pero es una empresa también peligrosa, aunque de manera diferente, la de comenzar a ocuparse de la historia del lissenkismo desde una perspectiva marxista" (op. cit. p. 9). Tal es la empresa que intenta Dominique Lécourt. Veamos en qué medida arroja luz en la problemática que plantea su trabajo.

Desde esta perspectiva, el "caso lissenko" deja de ser el resultado de un delirio teórico a propósito de cuestiones de la biología, prohijado por el Estado stalinista, para convertirse en el paradigma de un tipo de análisis destinado a clarificar las condiciones de un "error". Es decir, de un estudio de las relaciones sociales y de la naturaleza de un sistema de dominación (el Estado stalinista) en el que surgió y se consolidó ese error.

Se trata de reconstruir una "historia real" de una ciencia "proletaria". Para ello es necesario, como lo señala Lecourt, romper con una ilusión retrospectiva que conduce a buscar en el lissenkismo anterior a 1948 la prefiguración de los rasgos que éste terminó por adquirir. "Este procedimiento ilegítimo hace aparecer la historia del lissenkismo como una historia *continua*, como el efecto constantemente amplificado de un cálculo del poder de Estado..." (p. 48).

La historia de una formación ideológica no es una historia lineal, susceptible de ser pensada exclusivamente en los términos de verdad o falsedad. La indignación general que despertó el lissenkismo fue la contrapartida del predominio de un enfoque que trató el problema en los términos de verdad-error y buscó la

razón de esa inversión en la intervención del poder de Estado. Pero, como lo señala Lecourt, esa historia es más compleja: no es el resultado del efecto constantemente amplificado del poder del Estado...

La "teoría" de Lissenko no se desarrolló a partir de un núcleo teórico bien definido desde el comienzo. En un primer período (1927-1929), puramente "técnico", el agrónomo se abocó a la aplicación de ciertas técnicas de vernalización * destinadas a transformar los desiertos del sur del Cáucaso en verdes praderas. Después de esta etapa, el técnico se lanzó a elaborar la teoría de su técnica.

En ésta, segunda de las etapas en que el autor divide la historia del lissenkismo (1929-1934), el técnico elaboró una teoría biológica. Frente a la teoría del gene invariante a través de generaciones y aun de hibridaciones, Lissenko intentaba "demostrar" la primacía de la influencia del medio sobre el material hereditario, y a proporcionar por esta vía un instrumento útil para la construcción de la sociedad socialista.

Desde un empirismo puramente pragmático se salta hacia una "teoría" a partir de desfasajes cada vez más acentuados con respecto a la realidad de la práctica de la agricultura.

Cabe preguntarse, como lo hace el autor, por qué estos delirios especulativos se convirtieron en una crítica radical de la genética clásica. En 1935 comenzó lo que Lecourt denomina el tercer período de esta historia: el materialismo dialéctico fue el encargado de unificar la doctrina "michuriana" de la herencia y de fundamentar el conjunto de los argumentos anti-mendelianos (*op. cit.*, p. 60).

Esta secuencia va de las técnicas

de vernalización a la teoría del desarrollo de las plantas; de la teoría del desarrollo de las plantas a la crítica del mendelianismo; de esta crítica a la teoría "michuriana" de la herencia como "aplicación" del materialismo dialéctico. En ella, el delirio se instala y se consolida, cada vez más distante del terreno en el que Lissenko había obtenido sus primeros éxitos. La "filosofía espontánea del jardinero" "se transforma en "la filosofía marxista" de la ciencia.

¿Cómo explicar que este delirio teórico haya sido sostenido por el partido y el gobierno soviéticos? ¿Por qué no se conformaron con la imposición de las técnicas lissenkistas en la agricultura (en 1935 se "vernalizaba" en dos millones de hectáreas), decidiendo consagrar oficialmente la teoría y las pretensiones filosóficas que ésta tenía, aun al precio de frenar las investigaciones genéticas (los genetistas soviéticos fueron tildados de "mencheviques idealistas"). En síntesis, ¿cuáles son las condiciones y las causas que explican este "gigantesco error" que provocó, durante decenas de años, tragedias y víctimas?

Sin duda, la intervención del Estado para imponer la ideología de las "dos ciencias" ("ciencia proletaria"- "ciencia burguesa") y consagrar al lissenkismo como la primera manifestación de la "ciencia proletaria", no se puede explicar apelando a la arbitrariedad de Stalin. Es necesario preguntarse cuáles eran las relaciones sociales que caracterizaban a la formación social soviética durante la

* Mantenimiento a bajas temperaturas de las semillas previamente humedecidas de un vegetal de invierno, perturbando su "desarrollo fásico" con miras a obtener un vegetal de primavera.

etapa stalinista. Cuando la historia del lissenkismo se sitúa en el contexto de la cuestión campesina en Rusia (véase op. cit., cap. III), se descubre que esta formación ideológica tiene —como cualquier otra formación ideológica— una base material como punto de partida. Las técnicas de Lissenko encuentran fundamento en los problemas que enfrentaba la agronomía en la URSS. Ellas aparecieron como una solución a la secuela de la “deskulakización”. En efecto, las técnicas de vernalización exigían la construcción de invernaderos y de complejos cobertizos, inaccesibles al campesinado individualmente considerado. Exigían, pues, la colectivización de la tierra. Su fundamento teórico y político residía en que eran técnicas que correspondían a la estructura colectivista de la agricultura socialista (op. cit., p. 92). El lissenkismo vino a responder, en el momento requerido, a un problema y a una demanda surgidos de una concepción y de una práctica económico-tecniciista de la construcción del socialismo. Lecourt concluye que este “delirio”, políticamente provocado y públicamente consagrado, fue —en tanto que fenómeno histórico considerado en su significación más amplia— la consecuencia y también la solución imaginarias a un problema político real, pero mal planteado (op. cit., p. 98).

Como “formación imaginaria”, el lissenkismo desempeñó además del papel de solución técnica, una función ideológica importante en la sociedad soviética de los años 1940. La fuerza de Lissenko residió en que éste se convirtió en el “jefe ideológico” de los trabajadores en la agricultura socialista. El “Michurinismo” sentaba la fe en el comunismo. Los lissenkistas eran los “stajanovistas” de la agricultura soviética.

Y para Lecourt, esta designación tenía un referente preciso: Los cuadros de la producción agrícola en las granjas estatales, en las estaciones de selección y en los koljoses modelo. El lissenkismo representó la forma sistemática de la ideología de esta capa social.

La valorización de la técnica bajo la consigna de Stalin de “la técnica lo resuelve todo” implicaba la constitución de esta capa social de administradores, cuadros y técnicos, sobre la que descansó la fuerza social e ideológica del lissenkismo. La consagración de Lissenko no fue la consagración de una teoría “científica” o filosófica. Por el contrario, significó la consagración de una ideología de Estado que imponía a todos los intelectuales la versión stalinista del materialismo dialéctico bajo la forma del pretendido antagonismo entre la “ciencia burguesa” y la “ciencia proletaria”. Intelectuales, técnicos, administradores y funcionarios del partido y del Estado— o sea, todos aquellos que tienen alguna responsabilidad económica, social, política o ideológica en la existencia misma del Estado— constituían los destinatarios de esta ideología. Ellos eran la base social de apoyo del partido y del Estado para el mantenimiento de la dominación sobre las masas obreras y campesinas (op. cit. p. 163).

Las modalidades en que esta ideología, apoyada en una concepción voluntarista del materialismo dialéctico —la versión staliniana del desarrollo “técnico” de las fuerzas productivas— le fue impuesta a esta capa social, siguen constituyendo un enigma. Al respecto, Lecourt rastrea algunos datos indicativos. En 1948 Stalin proclamaba la lucha de clases en el terreno de la ideología (las ciencias, la literatura, las artes, la

filosofía). La lucha de clases en los planos económico y político se había decretado desaparecida. Sin embargo, ésta debía desencadenarse entre los intelectuales... Esta transposición tenía un significado preciso: quien no está del lado del poder, está contra él. En síntesis, era una amenaza. Como concluye Lecourt; "Ideología de chantaje, de intimidación, y para finalizar, de represión: tal es el efecto práctico terrible de esta fórmula generalizada de las "dos ciencias" que remeda la lucha de clases sólo para hacer reinar la represión y, a través de ésta, movilizar a los intelectuales al servicio de la dominación de Estado —y de su dominación— sobre las masas populares: tal es el nudo del sistema ideológico de Estado que se apodera del lissenkismo en 1948 para imponerlo bajo los fastos académicos que conocemos, al conjunto de los intelectuales" (op. cit. p. 165).

Las razones que explican el triunfo del lissenkismo en 1948 son también las que explican su duración: la increíble resistencia que éste opuso a sus adversarios y a los desmentidos de la práctica (los desastres agrícolas se acumularon a partir de 1952 como veredicto implacable). Pero esas razones no se pueden descubrir si el lissenkismo (y la ideología de "las dos ciencias" que los sustenta) se reducen a un discurso erróneo, sin pensar las condiciones que sustentan esa falsedad. No basta con echar mano a la "arbitrariedad de Stalin".

Las palabras de Lenin que Althusser retoma en su prólogo a este trabajo constituyen el núcleo de las reflexiones que se despliegan allí: "El silencio sobre el error es, la mayor parte del tiempo, la persistencia del error al abrigo del silencio...".

3.—

Comentar el libro de Lecourt y las reflexiones de Althusser que lo prologan, implica ir más allá de una lectura literal de los textos, para la cual sería suficiente seguir la lógica del razonamiento y arribar a las conclusiones prometidas. Un comentario crítico supone confrontar este texto con un conjunto de consideraciones externas al mismo. Sin embargo, esta afirmación no debe llevar a confundir esta tarea con una búsqueda de contradicciones o imprecisiones en las proposiciones de Lecourt, a partir de la cual se asegura la crítica distribuyendo calificaciones de pertinencia o aseveraciones de claridad. Se trata de hacer un conjunto de observaciones dispersas, cuyo objetivo es más modesto que el de un comentario crítico, tal como se suele entender esa empresa. Pero las observaciones que aquí proponemos proceden de un tipo particular de acercamiento al texto: aproximarse al mismo desde lo que presupone, y no desde lo que afirma. De este modo, la obra de Lecourt muestra su equívoco.

La historia del lissenkismo es —si se la enfoca desde una perspectiva más amplia que la de un "accidente" histórico particular— una "historia interminable", como lo señala Althusser. En efecto, es la historia de cómo se produce una ideología y de los mecanismos a través de los cuales ésta logra imponerse y resistir a las "duras pruebas" de la realidad.

Es por ello que en el transfondo del estudio de Lecourt subyace una teoría general de la ideología, es decir de los mecanismos de producción de un discurso ideológico y de las relaciones entre ese discurso y sus destinatarios (determinadas clases o

capas sociales que ocupan una posición específica en el aparato del Estado).

La construcción del objeto teórico (el lissenkismo en tanto que "formación ideológica") se sustenta en un enfoque althusseriano de la ideología. En efecto, ésta es definida a partir de un sistema doble de referencias: "reino del error", por oposición al conocimiento científico, y "factor de cohesión social" por su función práctico-social.* Esta doble referencia plantea dificultades importantes, que han sido señaladas con frecuencia.** La ideología resulta, desde esta perspectiva, un conocimiento erróneo que obstaculiza la producción del conocimiento científico (el lissenkismo frenó el desarrollo de la genética en la URSS). Simultáneamente, la ideología funciona como instrumento de conservación de un orden social. Si a estas observaciones agregamos la afirmación —también althusseriana— de que la ideología es un componente omnipresente en toda práctica social (incluida la científica), las proposiciones acerca de la ideología no sólo tienen un status ambiguo sino que, además, son internamente contradictorias. La ideología es condición de posibilidad y condición de imposibilidad de la producción de conocimientos científicos.

Así planteada la problemática de la ideología, no resulta sorprendente que el estudio de Lecourt —sin duda un trabajo importante— se limite a un análisis de la función práctico-social de la ideología de las "dos ciencias". Desde el punto de vista epistemológico, se elimina toda posibilidad de responder a la interrogante de por qué se rechaza un conocimiento verdadero (la genética clásica). Y ello en tanto que Lecourt, en su análisis, elude el tratamiento

de la articulación entre ciencia e ideología.

Sin duda, lo peculiar del estudio de las ideologías es que éste no se puede agotar en la oposición verdad-error. El análisis de las ideologías lleva necesariamente al terreno de la política: el lissenkismo no se comprende si se lo aísla del análisis de las relaciones sociales, de la naturaleza del sistema de dominación (el Estado stalinista) y de su línea política dominante. En este plano, la ideología es un instrumento en la lucha de clases, y el estudio de Lecourt lo muestra claramente al analizar el papel de la "teoría" de las dos ciencias en la lucha de clases en la URSS. Si la cuestión se plantea en estos términos, el corolario inevitable de la misma es que no toda ideología es "contrarrevolucionaria", y que no necesariamente opera como un obstáculo para la producción de conocimiento científico.

La debilidad del trabajo de Lecourt reside, a mi juicio, en que la dinámica social del Estado stalinista y, por lo tanto, las condiciones que hicieron de la concepción stalinista del materialismo dialéctico la línea política dominante en la URSS en ese período, es tomada como un "dato" del problema. Por este camino, los mecanismos específicos a través de los cuales se produce un

* Véase Louis Althusser: *Curso de Filosofía marxista para científicos*. Ed. Diez. Sin fecha ni lugar de edición.

** Véanse: Carlos Pereyra: "Ideología y Ciencia", en *Cuadernos Políticos*. México: Era. No. 10, octubre-diciembre de 1976, pp. 25-32 y Manuel Castells y Emilio de Ipola: "Práctica epistemológica y ciencias sociales, o cómo desarrollar la lucha de clases en el plano teórico sin internarse en la metafísica", en *Rev. Latinoamericana de Ciencias Sociales*. Flasco. Santiago de Chile, No. 4, dic. 1972, pp. 129-166.

discurso ideológico permanecen opacos, y sólo se puede atacar el problema a partir de la evaluación de su función social (la relación entre el discurso y sus destinatarios).

Si, por el contrario, el estudio abordara el análisis de las condiciones y causas que produjeron la versión stalinista, y su corolario en la teoría de las "dos ciencias", el trabajo de Lecourt podría abordar la problemática de la ideología más allá del estrecho terreno de la sociología.

Esta afirmación implica sostener la insuficiencia del argumento central que maneja Lecourt: el "error" respondió a una concepción insuficientemente elaborada del materialismo dialéctico, según la cual éste quedó reducido a una simple ontología. Proponer una historia marxista del "caso Lissenko" obliga a demarcar el conocimiento científico del discurso ideológico, y esa demarcación no puede fundarse en una tesis abstracta de una oposición absoluta entre ciencia e ideología, por lo demás explícita en su trabajo.

El corolario de la obra de Lecourt, aunque involuntario, es que la "teoría" de las dos ciencias es ideología porque es incompatible con los principios del materialismo dialéctico. Esto significa, por un lado, que admitir la "teoría" de las dos ciencias lleva a reducir todo el conocimiento científico a conocimiento ideológico y negar, por esta vía, la existencia de la ciencia. Y, por otro, que la distinción "ciencia proletaria"- "ciencia burguesa" tiene un punto de vista de clase incompatible con el punto de vista de clase del marxismo.

En ausencia de un criterio demarcatorio explícito entre ciencia e ideología, el trabajo de Lecourt se ve imposibilitado de situar la "ruptura epistemológica" que su propio planteo reclama. En cuanto a la función

social de la "teoría" de las dos ciencias, el análisis limita la noción de "ideología" al estudio de las "ideologías dominantes", eliminando así la posibilidad de concebir a la ideología como una dimensión presente en toda práctica social.

La persistencia de esta distinción entre "ciencia proletaria" y "ciencia burguesa" bajo diferentes modalidades ("sociología burguesa", "sociología marxista", etc.) me parece el indicador de un problema no resuelto. La problemática epistemológica que plantea el libro de Lecourt queda abierta. Su análisis se muestra más fecundo en lo que elude que en lo que afirma.

Liliana De Riz

Vania Bambilra, *La Revolución cubana, una reinterpretación*. 2a. edición, prólogo de Ruy Mauro, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1974, 176 p.

Existen hechos en la Historia, que dada su trascendencia, marcan hitos o puntos de referencia en el acontecer humano. No cabe la menor duda, que la Revolución cubana es uno de ellos, por lo que su estudio y análisis ha suscitado numerosas interpretaciones.

Vania Bambilra en la presente obra, como su título lo indica, plantea una nueva visión del fenómeno, negándose en muchos casos a aceptar las versiones tradicionales que se han hecho sobre la revolución.

La autora parte de la tesis que al triunfar la revolución, la alianza de clases se encontraba todavía en formación, lo cual tuvo una gran repercusión en el desarrollo de la misma.

La Revolución cubana en sus inicios, fue una revolución popular, —y